

# Diez Años de Juan Pablo II

*Brian Farrell*

**N**o cabe duda que Juan Pablo II ha hecho mucho para humanizar y acercar a la vida real la figura del Romano Pontífice. Ningún Papa reciente ha estado tan expuesto; tan visto, tocado, aplaudido, y, a veces, ultrajado; tan fotografiado y filmado, incluso en momentos de su vida privada, como en sus paseos de verano, en la piscina de Castelgandolfo, en la cama de enfermo después del atentado.

Por otra parte, no podría ser diversamente, si él ha hecho del hombre el tema central de su pontificado. El hombre: "este nombre que hay que pronunciar con inmenso respeto". Asimismo la dimensión humana del misterio de la redención es el tema de su primera encíclica que, por así decir, constituye el programa de todo su pontificado: el hombre como "camino de la Iglesia", las ansias de este hombre, su dignidad, sus derechos.

El P. Manaranche, en el periódico francés, "Le Figaro", del 15 de octubre de 1988, ha escrito del Papa como el hombre común, que ha sido trabajador, pero también poeta, con un corazón libre y abierto a todo lo que hay de bello en la vida y en las personas; una roca de fortaleza, pero con una grande ternura frente a los sufrimientos ajenos; un ser difícil de clasificar, acusado de modernismo y de intransigencia tradicionalista, un Papa criticado y adulado, un Papa aplaudido, pero poco escuchado. Un profeta de gestos significativos, sobre todo cuando está herido y perdona a su agresor.

Si para muchos Juan Pablo II ha llegado a ser el punto más alto de referencia de la autoridad moral y del liderazgo en el mundo actual, esto se debe ante todo a que él ha logrado hacerse intérprete de manera convincente del anhelo que todos sentimos de un mundo más digno del hombre; y a que, en una época de inestabilidad, él es el único que presenta un mensaje coherente y completo de dirección

para la humanidad. ¡Bien ganado tiene el Obispo de Roma el título de "Buen Pastor", viajando de un extremo del mundo al otro para confirmar a sus hermanos en la fe! Día tras día invita a los cristianos a recobrar su identidad, los exhorta a dar testimonio de su ideal con valentía en una sociedad en plena transformación.

Y pensar que la tarde del 16 de Octubre 1978, cuando en la Plaza de San Pedro escuchábamos la noticia de la elección, una viejita nos abordó, con lágrimas en los ojos: "No es posible", gritaba, "¿quién lo conoce?" Diez años más tarde, ¿quién no lo conoce?

Los cuarenta viajes de Juan Pablo II responden a un plan estratégico bien definido. El ha decidido que los medios que ofrece el mundo moderno están al servicio de la Palabra de Dios y sirven para la evangelización. Su presencia en todos los ángulos del mundo le da la posibilidad de conocer directamente sus ovejas, de llamarlas por su nombre, de ir en búsqueda de aquellas que se han extraviado y, análogamente, da a las ovejas la posibilidad de alegrarse al oír la voz del pastor, y la real posibilidad de seguirlo.

El busca despertar las conciencias; hablar la verdad y llamar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a obrar en consecuencia.

El Papa se siente consolado por las Iglesias jóvenes de Africa y de Asia. Admira la fe espontánea de América Latina, aun cuando se preocupa profundamente porque en la mayoría de los casos a esa fe no corresponde una cultura teológica profunda y arraigada. Y lo que verdaderamente le causa preocupación es el difundirse, especialmente en el primer mundo, de una mentalidad relativista y cómoda que huye de la verdad, por tanto de Dios y del mismo bien del hombre.

Si alguna crítica seria ha hecho en estos diez años contra alguien, ha sido contra el orgullo del primer mundo, y especialmente contra la infidelidad de Europa. Europa busca su unidad en el mercado y en la política solamente. Pero hay un solo y único elemento que podría unirla desde el Atlántico hasta los Urales: la Fe que la formó y le dió carácter y que ahora Europa rechaza en nombre de un nuevo proyecto humano y cultural. Europa, para parafrasear a André Frossard, en un artículo conmemorativo de los diez años de pontificado, está perdiendo el alma. Para salvarse tiene necesidad de muchas cosas, y sobre todo de una cura de humildad... Y es el Papa el único que lo dice y da el ejemplo.

Ciertamente, para tratar de comprender al hombre concreto que es Juan Pablo II no basta elencar sus logros, — viajes, encíclicas, cartas apostólicas, discursos *ad limina*, catequesis semanal, las beatificaciones y canonizaciones: No basta admirar su capacidad de trabajo, su capacidad de acoger a las personas, la motivación e inspiración que infunde. Hace falta reflexionar que aquí está un hombre que se siente investido de una misión enorme e ineludible: la de guiar la Iglesia a las puertas del tercer milenio, en medio de transformaciones sin precedentes en la historia.

En muchos sectores de la vida humana, los espacios de la Iglesia se están restringiendo. En otros, nuevas posibilidades se abren a la evangelización. Nuevos y gravísimos problemas se ponen sobre el sentido y valor de los progresos científicos y técnicos que tan profundamente condicionan la vida de los hombres. Dentro de la Iglesia misma hay necesidad de una renovación a fondo; hace falta una nueva santidad, un renovado apostolado, una nueva entrega para responder al desafío del mundo nuevo que está naciendo.

Consta que el Papa ve la respuesta a este desafío en la fidelidad al Concilio: él se define a sí mismo por su fidelidad al Concilio. Para convencerse basta citar sus palabras, dichas el 25 de enero de 1985 en la Basílica de San Pablo extra muros:

“El Vaticano II sigue siendo el acontecimiento fundamental en la vida de la Iglesia contemporánea. Para mí — que he tenido la gracia especial de tomar parte en él y de colaborar activamente en su desarrollo — el Vaticano II siempre ha sido, y, en particular en estos años de mi pontificado, el punto de referencia constante de toda mi acción pastoral, en un empeño por llevar sus directivas a su aplicación concreta y fiel, a nivel de cada Iglesia y de toda la Iglesia”.

Por su fidelidad al Concilio es criticado por los tradicionalistas y mal comprendido por los progresistas. Tal vez ésta es la prueba de que está en lo justo. Y tal vez con esto llegamos a vislumbrar algo del drama íntimo que se está desarrollando en la vida de este Papa. Si algo es, él es un signo de contradicción, como su Maestro. Y este signo de contradicción, mucho más que en lo exterior, en lo que pueden decir los hombres de él y de su pontificado, cala en su interior, en el silencio de su oración constante, de su alma mística, donde él está librando una lucha terrible, y no sólo contra los poderes de las tinieblas, en los cuales cree tan firmemente y de los cuales ha hablado con claridad, especialmente después del atentado contra su vida.

Si se nos permite la expresión, Juan Pablo II lucha con Dios mismo. El es Abraham, el hombre de fe, que argumenta y discute con Dios para arrancar de El la salvación para Sodoma: “¿No perdonarás al lugar en atención a los justos que están en él?” (Gen 18). El es Jacob que lucha con Dios en Fanuel, el lugar donde vió a Dios cara a cara, donde se cogió a El con tal fuerza que Dios le dice: “Suéltame”. Y Jacob le responde: “No te suelto hasta que no me hayas bendecido” (Gen 32). Juan Pablo II es Moisés que se atreve a encararse con Dios: “¿Por qué, Dios, ha de encenderse tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto?... Abandona el ardor de tu cólera y renuncia a lanzar el mal contra tu pueblo”... “Y Dios renunció a lanzar el mal con que había amenazado a su pueblo” (Ex 32).

No se trata de dramatizar. Pero cuando se habla de este Papa, la frase de Jesucristo a San Pedro toma consistencia muy real: “*portae inferi non praevalent*”. Las fuerzas del mal no prevalecerán; pero, ¿a qué precio? Al precio pagado, en persona, por el que tiene las llaves del Reino.

El Papa nunca es más Papa que cuando está sólo de rodillas para recibir del Espíritu Santo el trabajo a realizar, y para entregar al Padre, en la noche, el trabajo realizado bajo el peso del día y del calor.